

# ESTUDIO BÍBLICO

## CARTA A LOS ROMANOS — N.º 7.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

El capítulo cinco contiene una enumeración parcial de las bendiciones que son fruto de una fe como la que se describe en el capítulo cuatro. Muestra el desarrollo cristiano en la vida de cualquiera que tenga la fe de Abraham. Dos palabras forman la clave del capítulo: *MUCHO MÁS*. Si usted tiene la gloria, la paciencia o la experiencia cristiana de la que se habla en este, o en cualquier otro capítulo, sepa que Dios las tiene reservadas y está dispuesto a dar *mucho más*, porque «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20).

«Justificados, pues, por la fe» —es decir, conformados a la ley por la fe—, «tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1). La única manera en que el hombre puede ser hecho conforme a la ley y vivir libre de condenación es teniendo fe en las promesas de Dios. En Cristo no hay injusticia; por lo tanto, no hay nada sino justicia. Al creer en Cristo, el cristiano tiene la justicia de Cristo.

Pero, ¿acaso no dice Santiago que debe haber obras, o la fe no sirve de nada? Es cierto que «la fe es hecha perfecta por las obras» (Sant. 2:22). Pero es por fe y solo por fe que los hombres son justificados. El mismo texto que habla de que Abraham fue justificado por la fe, afirma que las obras fueron solo el *fruto* de una fe subyacente, y que por esta obra se cumplió la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia» (Sant. 2:23). Las obras son el fruto de la fe. «Dios es el que en vosotros obra, así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2:13). Nos entregamos en las manos de Cristo. Él viene y establece Su morada con nosotros. Somos como arcilla en manos del alfarero; pero es Cristo quien hace todas las buenas obras, y a Él pertenece toda la gloria.

*Tenemos paz para con Dios. ¿Qué es la paz? No es un sentimiento, sino un hecho. Muchos piensan que deben experimentar un «cierto sentimiento» que ellos reconocerán como la «paz de Dios». Pero nunca han tenido la paz de Dios y, por lo tanto, no pueden saber qué tipo de sentimiento debería ser. Satanás podría dar un cierto sentimiento de felicidad, y si el cristiano solo se guiara por el sentimiento, sería engañado. El Señor no trata con sentimientos, sino con hechos. La paz es lo opuesto a la guerra, la contienda y la emulación. O estamos en paz con Dios o estamos en guerra. Si estamos en guerra, es porque estamos llevando a cabo una rebelión.*

*¿Cómo luchan los hombres contra Dios? Siguiendo prácticas pecaminosas. Cualquiera que se complazca a sabiendas en una práctica pecaminosa está en guerra contra Dios. Dios es un Dios de paz. Cristo dejó su paz con sus seguidores. «La paz de Dios gobierne en vuestros corazones» (Colosenses 3:15). Entre Dios y su amado Hijo en el cielo hay un «consejo de paz». Ellos aconsejan para la paz del hombre. Solo hay una condición bajo la cual el hombre puede tener esa paz: la rendición incondicional, entregarlo todo a Dios, y entonces habrá paz en el corazón, sin importar cuál sea el sentimiento.*

*«Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo» (Sal. 119:165). «¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar» (Isaías 48:18). ¡Qué rico consuelo en estas palabras! Jesucristo es «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13:8). Así, su paz se compara con el fluir continuo del río y el incesante rodar de la ola del océano; por lo tanto, no importa cuál sea el sentimiento, porque si todos los pecados han sido confesados, Dios es fiel y justo para perdonarlos; y estamos en paz con Él. La condición de la paz es la condición de ser *justificado por fe*.*

*«Por quien [Cristo] también tenemos entrada por la fe a esta gracia [perdón y favor inmerecidos] en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Romanos 5:2). La justicia puede ser obrada en los hombres día a día por el mismo poder por el cual Isaac nació de padres que estaban prácticamente muertos. Una vez que las personas obtienen esta experiencia, lo*

siguiente que se verán obligadas a hacer es regocijarse en la esperanza de la venida del Señor.

¿Con qué frecuencia esperamos la venida del Señor con temor? Si no nos regocijamos en el Señor en la vida presente, no tenemos esperanza de regocijarnos en Él en la vida venidera. ¿Por qué deberían los cristianos «regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios» (Romanos 5:2)? Porque están en paz con Él. A los adventistas del séptimo día se les manda: «Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca» (Lucas 21:28). Le alabamos porque viene pronto; es una de las seguridades más gloriosas y alentadoras que tenemos.

Vivimos en el presente, no en el futuro. Lea 1 Ped. 1:5-9. La salvación nos pertenece hoy tanto como nos pertenecerá cuando estemos en el reino de Dios. Nadie sino nosotros mismos puede privarnos de ella. Dice Pedro: «obteniendo [tiempo presente] el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas» (1 Ped. 1:9). Nuestra salvación presente es nuestra única esperanza de una salvación futura. «Guardados por el poder de Dios» (1 Ped. 1:5) es la expresión usada por Pedro, y denota precisamente la misma condición —«siendo justificados por fe» (Romanos 5:1)— en el capítulo cinco de Romanos.

El mismo poder que hará inmortales a los hombres en la vida venidera, los justifica —haciéndolos conformes a la ley— al estar en armonía con ella, todos los días. Dice Pablo en la carta a los Filipenses, capítulo tres, y versículo veintiuno: «el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas» (Filipenses 3:21).

En Ef. 3:16, Pablo en una oración inspirada ora para que sean fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior, según «las riquezas de su gloria» (Ef. 3:16). La gracia de Dios es igual a la gloria de Dios. El trono de Dios es un trono de gloria, y la gracia en la que estamos firmes está respaldada por la gloria de Dios.

«También nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia» (Romanos 5:3). Algunos dicen que la tribulación produce impaciencia. Esto no es cierto. Si un hombre no es justificado por fe, la tribulación desarrollará la impaciencia que hay en él. ¿Cómo es, entonces, que la tribulación produce paciencia? Que respondan estos textos: «echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros» (1 Ped. 5:7). «Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará» (Sal. 55:22). «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mat. 11:28).

Él quita las cargas pesadas. ¿Qué es esa carga? Cualquier cosa que nos preocupe o nos aflija. No importa si es algo pequeño —una pequeña prueba— o una grande. Échela sobre el Señor. Nos regocijamos en la tribulación porque tenemos a Cristo con nosotros, y echamos toda la carga sobre Él. Él es capaz de soportarlas. Ya las ha soportado por todo el mundo, así que no podemos añadir a su carga.

¿Cómo nos deshacemos de las cargas? Dándoselas a Cristo, y luego decir: «*Él las tiene*». Y Él las tiene, sienta usted algo diferente o no. Entonces experimentará la verdad de las palabras: «yo os haré descansar» (Mat. 11:28). Es descanso aunque el dolor físico todavía atormente el cuerpo. Porque Cristo soporta esa tribulación, y usted es elevado por encima de todo dolor.

¿Cómo fueron los mártires al potro de tortura y a la hoguera con cánticos de gozo en sus labios? ¿Fue una mera bravuconería? No, Cristo llevó su carga, y en Él tuvieron paz. De un corazón lleno cantaron su alabanza a Él. Así estaban felices y gozosos, y apenas notaron el dolor mientras las llamas los envolvían. Tendremos que «pasar por gran tribulación» (Apocalipsis 7:14). Puede ser el látigo sobre la carne desnuda, o puede ser el tornillo de pulgar. La naturaleza humana se encoge ante tal tortura. En Cristo podemos soportarlo. Obtenga una experiencia en Él ahora, y en el tiempo de prueba no le abandonará. Él puede soportar esa gran carga tan bien como una pequeña.

Cristo será nuestro entonces, como lo es ahora, y la vida que vivamos será en Él. Ningún hombre en este mundo podrá permanecer en ese tiempo a menos que

haya aprendido previamente la lección de la fe. Ahora es el momento, mientras la lección puede aprenderse bajo circunstancias fáciles. Por grande que sea la tribulación de ese tiempo, la atravesaremos con gozo. Ese gozo debe aprenderse ahora.

«Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Sant. 1:4). La paciencia nos muestra como hombres perfectos.

«La paciencia produce experiencia» (Romanos 5:4). Se refiere a una experiencia cristiana. La «*experiencia*» significa que los hombres que la tienen, han sido probados y examinados. Se han aferrado a Dios y lo han probado.

La experiencia, o el hecho de que probamos a Dios diariamente, desarrolla esperanza —esperanza en Dios. Si Dios es probado cada día, entonces cada día hay esperanza. Es decir, tenemos razón para esperar las cosas que deseamos. Tenemos salvación presente, por lo tanto, nos gloriamos en la esperanza de una salvación eterna. Este es, de hecho, un capítulo de esperanza y regocijo.

[Verificado por y del original.]

Para descargar el material fuente original [HAGA CLIC AQUÍ](#).

REVIEW AND HERALD EXTRA.